

D'ARTESÀ

NÚM. FETGE
MÉS FA FRET

LÍMIT AURUS

ATENEU
L'ARTESÀ

juntament  de Barcelona


BARCELONA, MÉS QUE MAL

CUENTO PARA NIÑOS MODERNOS

LA CAJA

Me retorcía en la Caja junto a los demás cautivos, entre enormes serraduras de madera. Intentábamos reptar por las paredes para escapar de nuestro angustioso encierro, pero era inútil. Yo había propuesto, más de una vez, que colaborásemos para poder huir, siendo el entendimiento general la única respuesta que recibí. De ahí que yo me comportase igual que los demás, y solo mirase por mis propios intereses.

Todos vivíamos en un estado de permanente tensión, esperando ver cualquier momento aquella enorme manaza que de vez en cuando cerraba sobre nosotros. Nos apercebíamos de que la Mano atacaba cuando todo quedaba sumido en la oscuridad provocada por la sombra de la Mano proyectada sobre nosotros. Entonces, nos removíamos ríspidamente intentando enterrarnos en las serraduras para evitar ser resados. Mas, invariablemente, la Mano agarraba a alguno de nosotros entre sus dedos plagados de callos, y el prisionero se intentaba escurrir sintiendo unos chillidos que nos torturaban los oídos, estremeciéndonos, haciendo que el pelo se nos erizara. Se sucedían los ataques de nervios sin que a nadie le quedasen ánimos suficientes para sofocar los esgarados aullidos que algunos proferían. Histeria general. Frecuentes peleas por un escondite privilegiado, incluso una vez había pasado el peligro, que se habían saldado con varias muertes ya. Luego: quietud. El ensamiento puesto en el otro lado, más allá de las paredes de la Caja, noto e inquietante. ¿Acaso allí estaba la libertad? ¿O quizás una cárcel peor que la Caja? Era un oscuro misterio que parecía insolucionable.

Después de un ataque de la Mano especialmente virulento, decidí verme fuerte en una esquina de la Caja. Apliqué allí una respetable cantidad de serraduras y reuní unos cuantos acólitos a mi alrededor, a los que engatusé con falsas promesas de libertad y de una vida mejor cuando saliésemos, «lo que haríamos en cuanto se presentase una ocasión favorable» les decía.

Los viveres escaseaban, por lo que hacíamos numerosas incursiones a lo largo y ancho de la Caja, robando y saqueando despiadadamente a nuestro paso. Yo dirigía las operaciones desde la esquina para que llegasen a buen fin.

Un grupo similar al mío, aposentado en la esquina opuesta, cansado de nuestras cruentas correrías, decidí atacarnos. Se libró una dura batalla que, no sin gran esfuerzo, conseguimos ganar, con lo que mi poder en la Caja se acrecentó considerablemente. Certo que algunos de mi bando murieron, pero yo me encargué de mitificarlos y de colgarles el cartelito de «héroes nacionales» y de «defensores de la patria», lo que hizo olvidar rápidamente este episodio.

Nuestra vida discurría en una relativa tranquilidad solo turbada por algún que otro manotazo que yo evitaba alcanzase a alguno de los míos. No siempre fue así y, en particular, se dio la circunstancia, muy desagradable, de que por dos veces consecutivas, los capturados pertenecían a mi grupo. Esto, encendió la llama de una sublevación que me encargué de reprimir severamente, apoyándome en los que me eran condicionalmente fieles. Durante la época de la represión murieron algunos, que fueran defenestrados por «traidores a la patria» y «enemigos interiores». De paso, aproveché para librarme de uno que, abusando de la confianza que en él había depositado, pretendía ocupar mi lugar por medio de maquiavélicas argucias.

Sin embargo, había un problema que era más acuciante: el hambre, que usaba de un sinnúmero de protestas que iban adquiriendo tintes alarmantes. En un principio, pensé en utilizar la guardia, creada a raíz del intento de belión, pero resolví adoptar una posición más hábil, dedicándome a saltar los peligros exteriores encarnados en la Mano. Y, haciendo un mermiento a la unidad interior, conseguí implantar la tranquilidad en una medida sin necesidad de que muchas cabezas rodasen. Por desgracia, no acabé con las protestas de forma absoluta: un elemento de mi grupo, en un principio adicto incondicional a mi causa, al que yo conocía bien por ser ambos hijos de la misma madre y del mismo padre, me incitando a los demás para que lucharan contra mí. Propagaba ideas perniciosas a las que si yo en un principio no presté atención, luego descubrí eran tan peligrosas como una insurrección armada pues de llegar hondo, conducirían irremisiblemente a ésta. Reunido con mi consejo —fundado para descargarme un poco del gravoso trabajo que sobre mí recaía— todos coincidimos en la necesidad de acabar con esas ideas. Un consejero, habiendo permanecido callado durante lo más colorado de la discusión, levantóse a la hora de formular las conclusiones y nos espetó lacónicamente: «muerto el propagador, acabada la propagación». Yo empezaba a oponerme tímidamente, insinuando que quizás así crearíamos un mártir del pueblo, cuando aquel consejero me cortó secamente diciendo que teníamos que intervenir con decisión,

pasando sobre cualquier sentimiento personal. Mandé la detención y posterior ejecución de mi hermano. Poco después me encargué del maldito consejero, que fue condenado a tortura y muerte por «Alta Traición al Estado».

En un período de calma, conseguí enviar a uno de los míos fuera de la Caja para conseguir información y, a ser posible, una entrevista con la poderosa Mano. No volvió. Como tampoco volvieron los siguientes emisarios. CANCELÉ el proyecto.

La tranquilidad imperaba en la Caja tras la muerte de mi subversivo hermano. La muerte del consejero había servido para demostrar que nadie era intocable. Quizás ni yo mismo lo era. En esas circunstancias creí apropiado respaldar mi mandato con una fuerte organización. Dicté normas acerca de la misión que cada miembro debería desempeñar dentro de la comunidad; del lugar de residencia de cada uno de nosotros; de la propagación de ideas contrarias a las definidas en la Ley; y sobre muchas otras materias, conformando un modelo de sociedad perfecto. Quien transgrediese las normas sería castigado de acuerdo con la Ley. La Ley la dictaba el Jefe. El Jefe, era yo.

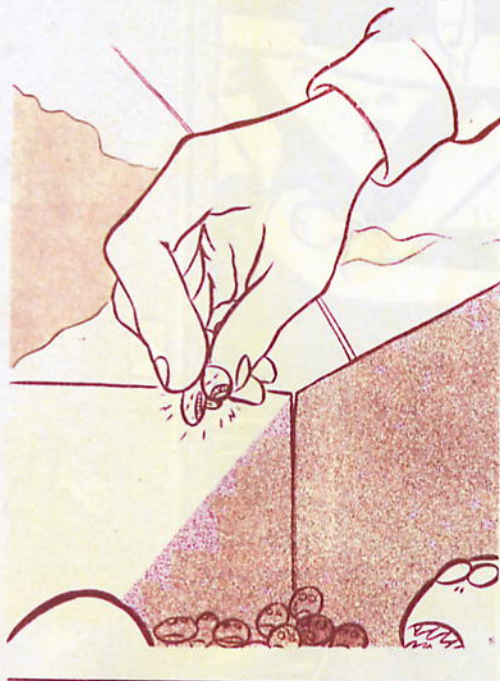
Estas medidas tuvieron un efecto sedante sobre la población, prolongándose así una época caracterizada por la ausencia de disturbios.

El tiempo pasó rápidamente y todos nos hacíamos viejos. La reproducción era imposible por las duras condiciones de vida que se daban en la Caja. Ordené a todos los habitantes que se aparearan y que sacrificaran su vida por la de sus crías si fuera necesario. Inútil: todos, absolutamente todos, íbamos llegando a la senectud inexorablemente. Esta situación fue como una señal para la Mano que recrudesció sus ataques, mermando aún más la población. Mandé a uno de confianza a dialogar con la Mano criminal y, como antaño sucediera, no volvió más.

Los constantes ataques de la Zarpa, hicieron tambalear mi hegemonía. Estallaron sublevaciones mucho más violentas que las anteriores. Parecía mentira que en aquellos cuerpos flacos y viejos quedasen ánimos para protestar. Naturalmente no pudieron con mi robusta y bien alimentada guardia, impidiendo lo que en algunos momentos llegué a considerar mi inminente derrocamiento.

Más tarde, un segundo intento de provocar mi salida del poder, hizo que decidiese huir de la Caja. Ayudado por los escasos miembros que seguían a mi lado tras la segunda arremetida, llegué al borde superior de la Caja. Lo pensé un instante y, sin mirar abajo, salté. La caída fue larga, aterrizando al fin en un mullido colchón de arena. Repté rápidamente y me escondí tras una roca cercana. Lo que desde allí pude observar fue verdaderamente espantoso: la Mano, que era seguida de un corpachón inconmensurable, agarró al que había sido mi lugarteniente. Le apretó con fuerza el cuello hasta que abrió totalmente la boca, y lo ensartó en un monstruoso anzuelo que le atravesó por entero, hasta salirle por el ano. El anzuelo pendía de una fina pero al parecer resistente cuerda, atada a un largo palo que la Mano balanceó, lanzando la cuerda al mar. Al cabo de un rato la Mano recogió la cuerda de la que pendía un plateado pez que coleteaba, desesperado, intentando escapar, con el anzuelo clavado dentro.

Ese era el destino que los hombres tenían previsto para nosotros, los gusanos.



La prematura y fecunda vejez de Eulogio

La tía María no estaba mochales. Simplemente la arterioesclerosis había ido royendo la memoria y por eso, a veces decía cosas incoherentes. Cuando eso pasaba tío Eulogio se deshacía en explicaciones disculpando las torpezas de ella. A mí, tío Eulogio me reventaba bastante, con su cara sebosa y blanca, y esa papada que le tapaba el cuello. Tenía unas manos pequeñas y gorduzuelas que en su vida había usado más que para liar caldo de gallina y para manejar la cuchara ante rebosantes platos de fabada, con unas fabes grandes cor castañas pìongas. Lo recuerdo claramente con el líquido viscoso anaranjado resbalándole por la barbilla camino de la camisa abotona hasta arriba. En cambio tía María me era agradable, sobretodo cuando decía cosas raras, en las que me inspiraba para dibujar comics. A mí me encantaba dibujar y quizás fuese ésa mi única razón que me impulsaba a visitar a mis tíos, un par de vejestorios que no me entendían en absoluto: tío Eulogio porque ni se molestaba en intentarlo y tía María porque aunque quería, no podía. Pero ellos me daban dinero que me gastaba en papel y pinturas, y de entre aquellas cuatro paredes había sacado las mejores de mis historias. De ahí que yo fuese conocido como Eulogio «el viejos». Al principio me molestaba que me llamasen así, pero luego me acostumbré.

Un día llevé a uno de mis mejores amigos a visitar a mis tíos. Nos pasamos allí casi toda la tarde. Cuando salimos a la calle él me dijo que era una tontería desperdiciar las tardes con aquel par de viejos aburridos y anticuados. Yo le repleiqué diciéndole que me daban dinero y que me servían de inspiración, pero me contestó que me daban dinero ni me inspiración valían el malgastar así el tiempo. Continué diciendo que esas historias de viejos que al principio habían tenido éxito, ya no interesaban a nadie. Más adelante llevé a otros amigos a conocer a mis tíos, con mismos resultados, pero fue la primera vez cuando me di cuenta que aquella casa aquellos con ancianos había algo que yo sólo podía apreciar, y que, desde luego, no era el excelente chocolate que me servía en la merienda.

Poco a poco me fui separando de mis amistades y me pasaba aquella casa días enteros, sin que nada extraordinario, en apariencia menos, sucediese. Más había algo que me impulsaba allí.

Cada vez dibujaba menos, pero las historias ganaban así en complejidad y profundidad, aunque cuando las llevaba al café para mostrarlos todos decían no entender nada en absoluto y me pedían que se explicase. Yo respondía que no había nada que explicar, que mi manía de expresarme era el dibujo y que no tenía siquiera porqué hablar causa de ello dejé de ir al café como también dejé de asistir a las clases de dibujo en las que me parecía no aprender nada nuevo.

Paralelamente, aumentaban las frecuentes salidas ilógicas de mi tío la indiferencia de mi tío, por lo que de vez en cuando estando en casa (donde incluso me quedaba a dormir muchas noches) me sentía como un mero espectador de lo que allí sucedía.

La cosa se fue agudizando: me instalé en casa de mis tíos, mi tía me susurraba ya más que frases inconexas carentes de sentido y mi tío me abría la boca si no era para refunfuñar porque algo no estaba de su gusto.

Por entonces yo solo dibujaba muy de cuando en cuando, sobre unas sábanas, cosidas unas a otras, representando a tamaño real escenas de la vida diaria: retratos de la sala de estar en que recían hasta los más nimios detalles y yo, emulando a Velázquez, dando sobre un enorme lienzo.

Al cabo de un tiempo mi tía emperó hasta tal punto que tuvimos que ingresarla en una residencia, donde murió muy poco después. Mi tío me dio a vivir con unos parientes, y yo me quedé en aquella casa vacía llena de recuerdos sobre nada.

Decidí convertir la casa en una exposición sin tocar nada de su sitio, decorando las paredes con mis ciclópeos cuadros. Tuvo una excelente acogida por parte de la crítica y mis antiguos compañeros de colegio no cesaban en sus elogios, dando a todo el mundo mil felicitaciones de todo y alabando mi sacrificio para conseguir una obra que sublima. Y yo, ante la tumba de mi tía, me digo que nadie ha hecho absolutamente nada.



El caserón en medio de la campiña, solitario, extraño, me incitaba más a cumplir el propósito que me había llevado hasta allí. Una vez comprobado el andón en que se encontraba la casa, dando una vuelta me dirigí a la puerta, que estaba cerrada. La ventana más cercana estaba cruzada por dos endebletes cerrojos claveteados que con poco esfuerzo arranqué. Encendí mi lámpara a gas y entré en la casa. Pronto encontré las escaleras que conducían al sótano, al sótano y donde coloqué el arrefracto embutido en aquella entrañable y vieja alfombra verde de nylon barato. Subí y me metí en lo que en su tiempo habría hecho una cocina. Dejé la luz sobre una mesa medio podrida con unas patas lógicamente quebradas por la carcoma para no inspirar confianza. Aún así me quedé. Total... Abrí la bolsa azul y me quedé con la cremallera en la mano. Me quedé el magnetófono, las cervezas... Pinchazo y extracción. Mezcla de inyección. Lo repito y me tumbé en el suelo mientras destapo una cerveza.

La presión sobre mis oídos era horrible; sobre mi boca, nariz. Deseaba que se acabase de pronto y la sangre saliese a borbotones hasta desangrarme. Maratón, pero no lentamente sino a la velocidad más alucinante.

Todo muy pensativo. Meditaciones que no sirven para nada. Humo ilegal que se eleva en la penumbra y se quita aplacada con cerveza de importación. ¿Por qué bebes vino? El vino americano es una mierda, pero la cerveza americana no es del todo mala. Ahí radica la diferencia. Tabaco rubio y tabaco negro; cada uno hacia el fin que le corresponde por... el morro. Papel de arroz y cartón de tarjeta de autobús sin viajes.

Me iba liberando sin necesidad de la estúpida sangre, de la agobiante sensación. La cuestión era desear acabar para que todo volviese a empezar. Si no era así el dolor aumentaba hasta acabar conmigo, inmediatamente había una liberación y todo volvía a la fingida y exasperante calma de casi siempre. Sentía muchos deseos de llorar. Tenía que llorar como fuese. Glándulas atrofiadas por el alcohol. Golpes en cara y pecho con furia. Cesa el ansia de llanto. Era un instante, realmente. Reminiscencia inglesa. Una mosca se posó en mi desnudo brazo. La iba a espantar pero me detuve. Dejaría a la mosca hacer lo que le diera. La mosca levantó el vuelo y se alejó hacia el exterior por un pequeño hueco medioabierto.

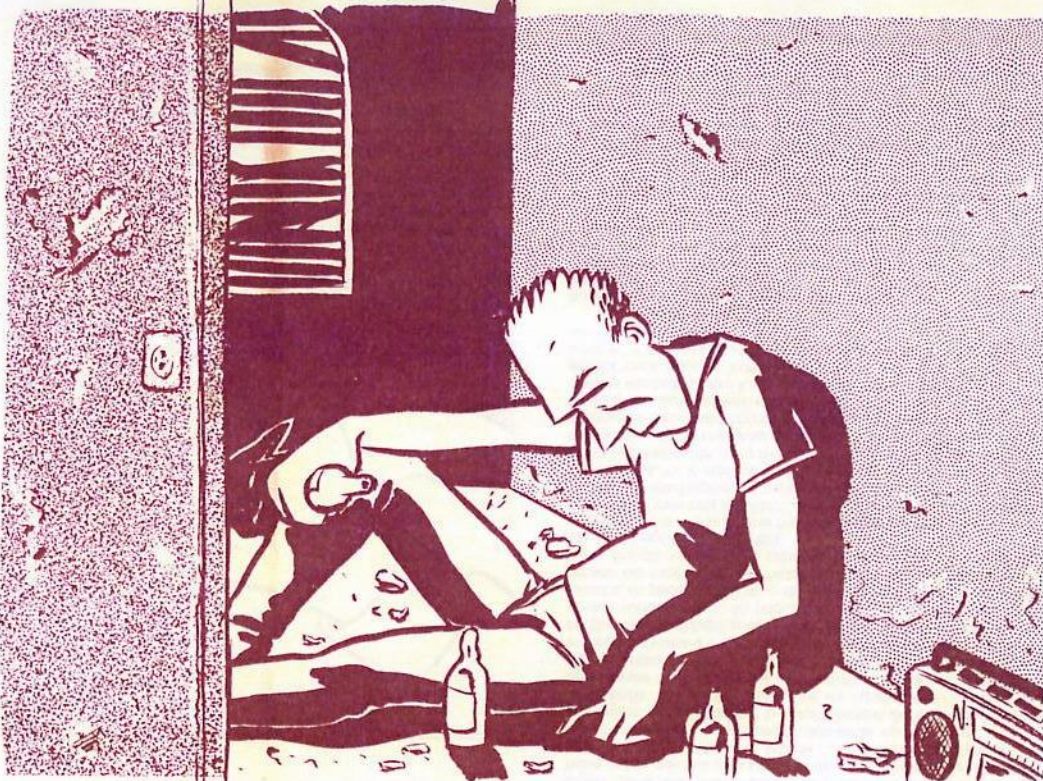
Seguía fumando y empezaba a notar la típica pastosidad en las mandíbulas. Me deseaba haber traído más cervezas. Se iban evaporando en mi dolorida garganta sin proporcionarme ningún placer. Me quité la cazadora y la dejé caer sobre la pared y el suelo se juntaban. Sacó de su monotonía a un puñado de ruido aburrido desde quién sabe cuándo, en aquel miserable cuartucho. Me apoyé sobre la chaqueta apoyando la espalda en la pared. A mi derecha habían tantas cuantas botellas que yo había vaciado y otras de vacío inmemorial. Las cogí con la diestra y las fui estrellando contra la pared de enfrente mientras la zurda daba el tabaco con afán.

¿Quién tenía razón, el Carnaval o la Cuaresma? Como siempre todos tenían razón de aquella, pero nadie me daba una buena respuesta o como mínimo una solución. ¿Vida o muerte? ¿Qué fácil! ¿No? Pues es un callejón sin salida. Te agalo a ti ¿vale? Y también a todo el que lo quiera aceptar. Venga valientes aquí. Murmulo: os voy a dejar guapos.

Ellos no vinieron pero, por lo visto, yo sí que fui a ellos. La mesa por el suelo y las patas definitivamente quebradas y el inocente camping gas destrozado. Previsión. Enciendo unas velas que llevaba conmigo y las sujeto con propia cera al suelo que he limpiado de polvo a manotazos. Vuelvo a caer en un rincón entre pared y cazadora de cuero marrón y blanco polvo. La música se ha cesado. Pongo otra cinta. Gritos.

Odo, resquemor, miedo pavoroso horrible, belicismo incontrolado. TODO.

Bajo el volumen un punto e, inmediatamente, lo aumento hasta el tope. Otra patada salta por los aires seguida de un chorrotón de espuma blanca.



Una escalera a la que me había encaramado y, a medida que subía, iba quebrando los peldaños, hasta quedarme arriba de todo, tembloroso, sobre el más frágil, el último de los peldaños. Se rompió y yo estaba cogido a los dos maderos en un prodigio de equilibrio y fuerza, como un zancudo. Aislado del resto, sabía que no podría aguantarme mucho más y, soltándome, me encontraba en esa caída libre y voluntaria, aunque, a la vez, irremediable.

Más cervezas se iban muriendo entre mi pecho y espalda, y luego, su funda estallaba contra el suelo, pared o techo, o contra lo que fuese. La pierna derecha no cesaba de moverse intentando asimilar el ritmo musical. Impaciencia, inquietud, y sensación extraña en la barriga que sugiere miedo. Pero son nervios, estúpidos por lo inexplicable. Bueno, pero no miro el reloj. Las manos habían agotado los lugares donde posarse y las cosas a las que agarrarse, y se retorcieron entre ellas, intentando destrozarse. Ja, autodestrucción: tiene gracia, pero una gracia extraña.

Me había hecho aguantar en lo alto de la escalera durante algún tiempo que luego me parece cortísimo. Fue casi felicidad visto con los ojos del tiempo; entonces sí lo fue, o al menos me lo pareció. Descubrí lo immanente y lo trascendente que valía la pena conocer. Ella.

Al final la derecha venció, y mi meñique izquierdo cedió con un sordo crujido que resonó extrañamente en el silencio. Me acerqué a una ventana que abrí con trabajo. El campo, su olor, entró y se mezcló con el aire enturbiado por los años de prisión no deseada. Ese olor se acompañó de una ligera brisa que hacía temblar las hierbas cercanas a los algarrobos, a los que solo eché una mirada corta y nostálgica de tiempos de niño. Busqué la luna y no la encontré. El dolor del dedo me empezaba a molestar.

Mientras bajaba me agarré a un escalón que no se había quebrado totalmente. Pero no tardó mucho en hacerlo. Ya había pasado una vez por él y no me detuve excesivamente pues lo encontré un lugar faltar de lo que yo ansiaba buscaba con nulos resultados. Sin embargo, no fue tan malo como iban diciendo por ahí los mismos imbéciles de siempre que esta vez se habían puesto el collar de la cruz roja pro ayuda al desvalido social, al que antes llamaban vago y que casi siempre, es un pobre desgraciado sin muchas posibilidades. La hipodermis que mete y saca, y el cilindro de plástico (núm. 2) con las paredes interiores pintadas de sangre anhelante de paz.

Me entablé el dedo con un palito que me costó encontrar, y a la vez que lo hacía mi mente se iba aclarando y dejando un vacío para la lucidez, tal como si hubiera erupcionado y la libertad del gas permitiera la entrada de nuevos pensamientos. Extraje un cigarrillo del olvidado paquete y lo encendí con fruición. Tomé luego un libro de la bolsa azul. *Cosecha Roja*, de Hammet. Su agente de la Continental me hizo olvidar la monotonía y pretendida exquisitez de los aristocráticos crímenes de Agatha Christie, y sumergirme en la crudeza del hamp americano de los años 20. Qué sosos me parecieron desde entonces todo aquello e lo que la violencia no era la protagonista. Sonó la alarma de mi reloj. Me preparé.

Estaba gateando a lo largo de algo cálido y enorme que ocasionalmente se cerraba con fuerza sobre mí sin, por ello, producirme malestar, sino todo lo contrario... Pedía insistentemente el recipiente blancuzco mientras ellos reían ante mi ansiedad... Creía que tenía muchos amigos y, también, muchos enemigos: pocas cosas me importaban, pero algunas me preocupaban mucho... Pelea: crisis y descubrimientos insólitos... La fe resquebrajada y atisbos de felicidad. Rebelión hacia todo y todos sin saber realmente porqué... Cambio fácil, evolución sencilla, aclamamiento total; más tarde la repulsa incondicional hacia ¿qué?

La explosión reventó mis oídos. Enormes vigas caían sobre mí que le esperaba impaciente a la vez que temeroso. ELLA se escapaba de mí y aún no se si estoy arrepentido de lo que hice, pero ellos lloran y se lamentaban cuando yo me sonreía ¿en la eternidad luminosa? ¿En las tinieblas y el rechinar de dientes? ¿En...? Que más da.



TEXT PINI
DIBUJ NICO N.